

procuraré serte más fiel que aquí, para que tú, de mi compadecido, me vuelvas algún día cerca de ti. Lo harás, Jesús mio?... y así me despedí de Él, y de aquel sitio que no en balde he llamado tocador y tálamo de Jesús Sacramentado.

Lo mismo hago en los demás sitios ó empleos que me da la obediencia, y lo mismo sé que hacen mis hermanas y compañeras: pero yo hago esto de un modo especial en la sacristía, porque no en vano es ella *mi oficina predilecta*.



## XVI

## MI ESCUELA DE PERFECCIÓN.

No hay lugar en mi convento que no me hable al alma y tenga para mí sublimes enseñanzas; pero mi clase favorita, mi escuela más frecuentada es el panteón y cripta en que están sepultadas mis hermanas.

Cuando entro allí á rezar el oficio de difuntos por mis queridas muertas, entiendo, sin saber cómo, los gemidos del Salmista y los lamentos de Job que el oficio encierra; lamentos y gemidos cuyo eco repiten las huecas tumbas ó los restos que ellas guardan: *Dies mei transierunt...!*

“Mis dias se deslizaron rápidamente... Mis vanos pensamientos se disiparon como el humo... se desvanecieron mis locas esperanzas... y sólo me queda el sepulcro! Avanzan mis años... se agotan mis fuerzas... ando un camino por el cual no he de volver... huyo como una sombra... pararé en la tumba, donde hay mansión preparada para todo viviente... el sepulcro será mi padre, la podredumbre mi madre, y los gusanos mis hermanos..”

¡Qué lección para la soberbia humana! ¡Qué deses-

peración para la incredulidad! pero qué consuelo para mí, fiel creyente! porque á ese eco misterioso y desesperante de los sepulcros hace duo otro eco divino y consolador que parte del crucifijo colocado en el altar del Panteón, diciendo:

“Yo soy camino y verdad, resurrección y vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y si vive y cree, no morirá eternamente.”

Bendita fe! bendita esperanza! bendita Religión, y benditísimo esposo mio, que la dió al hombre y la enseñó al mundo!

Terminado el oficio, hago allí mismo el *viacrucis* con la cruz sobre mis hombros, ó me pongo de intento á visitar los nichos, y á estudiar en ellos nuevas lecciones.

En esta tumba, me digo, reposan las cenizas de aquella niña santa, que era llamada por todas *Palomita sin hiel*, según refieren los manuscritos del convento. Antes de entrar en él se dedicaba á consolar los enfermos pobres de su pueblo, procurándoles juntamente socorros para el cuerpo y auxilios para el alma. Un día cierto moribundo á quien socorría, airado, porque le habló de confesión, levantó su mano sacrilega y dió tremenda bofetada á la *Palomita sin hiel*, que á duras penas pudo contener las lágrimas: Con la mejilla amoratada y los ojos llorosos, miró al criminal y le dijo: Hermano mio, y Señor mio: no uno, son dos los bofetones que merezco, por no haber sabido complacer á V., ni enseñarle á bendecir y amar á nuestro Padre Celestial! Y le presentó la otra mejilla. El enfermo arrepentido rompió en llanto...; creyó; y murió santamente. Ah *Palomita sin hiel!* Qué lecciones me das! Tú supiste con tu dulzura ganar almas para Dios, y ahora gozarás la gloria de tus conquistas.

Esta losa guarda los restos mortales de la que fué

en el mundo noble dama, y aquí humilde enfermera. Durante su noviciado murió el único hermano que tenía, y recayó sobre ella un título de Castilla y un gran Mayorazgo, con pingües rentas. Todo lo dejó por Dios, y ya en cambio ha encontrado el Todo de todas las cosas.

Aquí yace... ah! sí! la que cuentan nuestras fundaciones que de puro contemplativa estuvo á punto de perderse, por dar más crédito á sus visiones que á la obediencia y á los consejos del confesor. Arruinó su salud con indiscretas mortificaciones, y perdió el juicio con tantas visiones, tanta vigilia y tan imprudentes ayunos. Escarmentaré en cabeza ajena, que si ella tuvo después un médico espiritual que la curara, le hiciera llorar sus yerros y morir santamente, no sé yo, si ese médico existiría para mí. Te conozco! *vade retro, Satan!*

Este es el nicho donde metieron á la que se llamó con propiedad Angel del Convento: Angel de humildad, angel de pureza, angel de caridad, angel del sacrificio y angel de los consuelos, dejó perfumados estos claustros con el aroma de sus virtudes. Ay Angela de Jesús! quién pudiera seguir tu vuelo! Oh cómo me anima á santificarme lo que sé de tu preciosa vida!

Así voy recorriendo los sepulcros y preguntando á sus moradoras, las cuales me contestan por lo menos aquellos versos que dicen:

Yo he sido lo que tú eres,  
tú serás lo que yo soy!

Y saliendo de allí me voy al sagrario á recitarle á mi Amado la lección aprendida. ¿No es verdad que en el cementerio se aprende mucho? ¿No puedo llamarlo con propiedad mi Escuela de Perfección?



## XVII

### ARRULLOS DE PALOMA.

**E**SCONDIDO entre las ramas de los árboles, pero muy cerca del lugar donde tiene su nido, pasa el ruiseñor las horas trinando dulcemente y llenando los aires de endechas amorosas. ¿Pues por qué yo, avecilla de la soledad, escondida entre mis rejas, no he de pasar la noche cantando ó gimiendo cerca del Sagrario, místico nido de mis amores?

¡Sí, Jesús de mi alma! aquí cantaré con el corazón palpitante de tierna emoción; aquí gemiré ante tu altar para desahogar contigo una vez más los afectos de mi corazón, que tú sabes te pertenece. Interminables me han parecido las horas que han transcurrido desde la última vez que aquí estuve; durante ellas he estado pensando en tí sin cesar; á cada momento he sentido brotar en mi alma afectos de ardiente amor, y mis labios te han protestado mil veces, en palabras dulcísimas, toda la ternura de mi corazón. De mi pecho á tu Sagrario ha habido una corriente invisible y misteriosa, por la cual han venido á mí tus gracias y han ido á tí mis pensamientos, mis deseos, mi misma vida.

Como tórtola que fatigada de volar por el valle

busca afanosa el arbol donde anida, y allí, solitaria, exhala dulces arrullos, así mi alma, cansada de las cosas de la tierra, ansiaba venir á tí, y posada blandamente sobre tu altar lanzar en la soledad del templo mis tiernas quejas. Tórtola solitaria ¡Jesús mío!, tórtola solitaria es mi alma sobre la tierra; tú eres mi único compañero, y por eso busco anhelante tu dulcísima compañía. Tu altar es el arbol de místicos ramares donde únicamente puede posarse el alma mia, porque en la fronda de este arbol he colgado el nido de mis amores.

Y dime ¡Jesús de mi alma!, en esa soledad en que te ves, en ese olvido y abandono en que te dejan los hombres, ¿te consuela algún tanto mi compañía? ¡Ay, yo soy tan feliz con la tuya!... En tu divina presencia no hay amarguras para mi alma. Si vengo á tí llena de dolor y pena, se desvanecen mis penas y mis dolores, y sólo siento placer en mi corazón. Tu divina presencia da siempre á mi alma dulce paz, y mi corazón goza en silencio la compañía del bien que adora.

Cuando aún tú no estabas en la tierra hecho prisionero de amor por los hombres, andaba la Esposa de los cantares desolada, buscándote por calles y plazas; y como no te hallaba, preguntaba solícita á todos los que encontraba: Por ventura, ¿visteis al que ama mi alma? Pero ahora.... ¡qué dicha! ¡Prisionero mío! ¡qué dicha! ahora no es así, porque para hallarte, sólo tengo que remontar el vuelo y posarme en el nido de mis amores. ¡Oh qué atracción tiene ese nido para mí!

Cuando tú atraes á un alma con tu mirada ó con tu amor, ella corre hacia ti como el acero tras del imán; ella te busca como busca la paloma sedienta á la fuente cristalina; y al llegar á tu altar exclama con la sagrada Esposa: Hallado he al que ama mi alma, téngole y no lo soltaré.

Así exclamó la mia al hallarte, y así clama ahora en tu presencia, pues aunque oculto á mis ojos, sé que estás ahí en ese Sagrario que contemplo con amor; y que estás con la misma grandeza y majestad que en el cielo Empíreo, oyendo los suspiros de esta alma que viene buscando amores á tu sagrado altar en el silencio de la noche. Hablemos, pues, Amado mio, hablemos de nuestro amor dulcísimo, sin ruido de palabras, de corazón á corazón, con ese misterioso lenguaje de las almas. Háblame y resuene en la mia tu voz, más dulce que el arrullo de la tórtola enamorada.

¿Me amas, Vida mia? ¡Oh qué dicha! Paréceme que percibo allá en el fondo de mi alma tu voz dulcísima que me dice: ¡Si, te amo! tu amor me tiene preso en este Sagrario....

¡Cielo santo! ¡qué asombro! ¿Ha dicho que mi amor lo tiene aprisionado? ¿Mi amor, Jesús mio? ¿Mi amor tenerte á tí prisionero? Repítelo otra vez, Vida mia, repítelo otra vez y déjame morir de felicidad! ¿Mi amor? ¡dímelo otra vez! ¿Mi amor?

¡Ay, el tuyo sí que me tiene á mí aprisionada! ¡Yo soy también prisionera de amor como tú! Mírame bien á través de estas rejas y de estos muros que me cercan por todas partes, y verás que yo también soy prisionera de amor como tú; y aquí guardada en mi prisión, vivo del mundo olvidada, vivo de ti enamorada, vivo penando de amor; y como tú eres mi amigo y mi compañero de prisión, por eso vengo á las rejas de mi cárcel á consolarme contigo y contarte mis penas. Porque ¿no es verdad, Bien mio, que hay penas que se cantan, y que se cantan llorando, como yo te canto las mías?

Pues aquí te cantará mi corazón de ese modo hasta que los primeros rayos del sol doren las altas vidrieras del templo, y oiga trinar las aves en la floresta de mi jardín; y el sol con sus rayos de oro y las aves con sus

alegres gorjeos, me verán retirarme de estas rejas, donde me tiene presa tu amor.

¡Ay, Jesús de mi alma! ¡qué horas tan felices y venturosas se pasan aquí, junto á mi nido, acompañándote en tu soledad! ¡Quién me diera mandar al tiempo que detuviese su carrera, cuando en tu presencia me hallo! Dueño mio, ¿cuánto tiempo ha que estoy aquí? ¡Ay! se han pasado una, dos, tres horas.... ó más bien, tres instantes ligeros como el pensamiento.

Pero al fin se pasaron ¡Jesús mio! y ha llegado el momento en que las aves abandonan su nido, y se lanzan al espacio, trinando alegremente: yo también, con pena de mi alma, abandono el nido de mis amores, para entregarme á las faenas del día; pero así como el ave tarda poco en volver á su amado nido, así yo ¡presto, muy presto! amante tornaré aquí, donde á coro con mis hermanas, cantaré himnos y salmos, haciéndote la corte ¡oh rey de mi corazón! como te la hacen los coros angélicos allá en la mansión de eterna vida.



## XVIII

### JUNTO Á MI NIDO.

TRA vez vengo á tí, Jesús mio, porque lejos de tu tabernáculo siento un vacío en mi alma, que nada lo puede llenar. Sólo al pie de tu Sagrario soy feliz ¡Jesús de mi alma! ¡Oh quién pudiera permanecer siempre al pie de tu altar! Enojosas me serian todas las ocupaciones que de él me apartan, si no supiera que con ellas te agrado, y que te complaces en verme penar y gemir separada de tí, cual ave-cilla presa en estrecho lazo. Mas apenas las termino, como no tengo en la tierra donde poner mi corazón, ni posar mi pensamiento, ni fijar mis ojos, vuela mi alma hacia tí, como enamorada paloma, buscando su dulce nido, y posándose aquí al pie de tu tabernáculo, exclama como la Esposa: Sentéme á la sombra de aquel que mucho había deseado.

Sí, Jesús mio; en el desierto abrasador de este mundo, tú eres para mí el fresco y tranquilo oasis que calma la sed ardiente de mi corazón; por eso corro hacia tí noche y día, como el ciervo á la fuente de las aguas. Tú has dicho que tienes tus delicias en estar con los hijos de los hombres; y nada más justo que tenga yo las mías en estar contigo, pagándote así amor con amor! ¡Sí, dulcísimo Jesús mio! yo también tengo mis delicias en estar contigo, aquí, junto á tí, al pie de tu tabernáculo, porque tú eres para mí todas las cosas!

Tú eres, mi Dios, el Dios de mi corazón, el Dios de mi alma, el Dios creador del Universo; tú eres mi Padre, mi amorosísimo Padre, que me has dado graciosamente el sér que tengo, imagen y semejanza del tuyo; tú eres mi Madre, pero una Madre tierna y amorosa que me alimenta, no con leche de tus pechos, sí con tu misma carne y sangre; tú eres mi hermano, pues al hacerte hombre por mi amor, tomaste mi misma naturaleza y un corazón de carne como el mio; tú eres mi Salvador, pues derramaste hasta la última gota de tu preciosísima sangre por salvar á mi alma perdida por el pecado; tú eres, en fin, mi Médico, Médico celestial y divino que se abre sus venas, y extrae de ellas el bálsamo que cura las heridas de mi alma.... ¡Oh, cuántos títulos tienes, Jesús mio, para que al recordarlos mi corazón se abra en amor por tí!

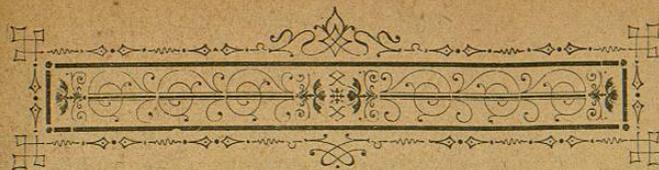
Mas tienes para mí otro más dulce, más tierno y más amoroso, porque tú eres el esposo de mi alma, el querido, el amado, el elegido de mi corazón! Tú eres mi encanto en este desierto del mundo; tú mi alegría en este valle de amarguras y tristezas! ¡tú mi consuelo en esta tierra de dolor! ¡Ay, cuánto te quiero, Jesús mio!

Cuando te contemplo Sacramentado en precioso trono y rica custodia, entre luces y perfumadas flores, envuelto en blancas nubes de oloroso incienso que se esparce en derredor de tí, llenando el templo de fragancia suavísima; cuando oigo los melodiosos acordes del órgano y el alegre sonido de las campanillas, unido á los cánticos sagrados que en torno de tu altar elevan los sacerdotes, ¡oh! ¡cuánto goza mi alma entonces, Jesús mio! Mi corazón palpita con violencia, una sonrisa de felicidad asoma á mis labios y mi fé te ve ahí, entre ángeles y serafines que baten sus alas impetuosas, y sobrecogidos de temor repiten el *Sanctus, San-*

*ctus, Sanctus* que resuena dulcemente en mis oídos. ¡Oh, cuánto goza mi alma entonces! Todo mi sér experimenta un placer, una dicha, un gozo y alegría tan inexplicables, que mi lengua enmudece al quererlo expresar.

Pero... ¡ay dolor! cuando vengo á ti tierna y amorosa y te encuentro pobre y solo, escondido en ese altar, olvidado de los hombres, mi alma desfallece, mi corazón se parte de dolor y lágrimas de sentimiento corren por mis mejillas, llorando así la ingratitud de los mortales. ¿No hay almas ya en el mundo? ¿Se han acabado los corazones amantes sobre la tierra? ¡Hay almas! ¡hay corazones! ¡pero pobres almas y pobres corazones que viven olvidados de tí, amor mío! Tú has fijado tu mansión entre los hombres y permaneces noches y días, meses y años en ese altar, esperando amor y reconocimiento de los corazones y no recibes más que olvido, indiferencia é ingratitud. ¡Pobres ciegos! ¡Estás entre ellos, y ellos no te ven! Vives entre los mortales y ellos no te conocen! ¡Insensatos!

¡Oh Rey mío! ¡Rey sin cetro ni corona en ese altar! ¡Quién pudiera rendir á tus piés todos los corazones de los hombres! ¡Oh quién pudiera encender en ellos el fuego del divino amor y abrasarlos en él! ¡Quién me diera poder para traerlos aquí á que te cantaran himnos y cánticos de alabanzas como se te cantan allá en la gloria! Pero... ¡ay! ya que esto no me es dado, yo te rendiré por ellos perpetuas adoraciones; mi corazón te amaré por los que no te aman, pensará en tí por los que te olvidan, y te alabará por los que te ultrajan, y cuando nuevas ocupaciones me obliguen á separarme de tí, lo haré, como ahora, dejando entre suspiros y adoraciones los afectos de mi alma al pie de tu tabernáculo.



## XIX

PADRE, PERDÓNALOS!...

**G**RITOS de ira y de rabia, rugidos de odio y de rencor, tumulto frenético y clamoreo insensato, como de ciudad sublevada, ha llegado á mis oídos. Los poderes del infierno y las potestades de la tierra se han conjurado contra el Señor, contra su Cristo y contra su Iglesia.

Voz de llanto, gemidos de dolor, y sollozos de amargura han turbado la quietud y el silencio de mi claustro. Las hijas de Sión, las Palomas de la soledad, mis hermanas queridas lloran y gimen por la inicua guerra que le hace á la Iglesia santa la Sinagoga de Satanás.

Esta tiene prisionero entre sus garras al Vicario de Cristo, desarmado parte del ejército de Dios, maniatados á muchos de sus Capitanes, perseguidos á los religiosos que, huyendo del mundo, se acogieron á la soledad del claustro; derribados esos claustros maravillas del arte, profanadas sus Iglesias, destruídos sus

altares y lleno el mundo de escombros y ruínas, de llanto y desolación.

Yo en mi infancia me estremecía, al ver el furioso oleaje del mar alborotado; temblaba, cuando oía retumbar el trueno en el espacio; y mellenaba de espanto, al oír contar los estragos de la peste ó del terremoto. ¡Pobre de mí! ahora veo que el furor del hombre impío, que la ira de la fiera humana, que el veneno de la serpiente masónica es más terrible y destructor que todos los elementos juntos. ¡Hombres degradados! ¿acaso os crió Dios para ser incendiarios y asesinos, calumniadores y esclavos de Satanás? ¿Cómo caben en vuestros corazones proyectos tan criminales?

Acabo de leer en una Revista piadosa que en las instrucciones secretas dadas por un representante de Luzbel á sus sectarios, hay un artículo que dice: Todos los hh. . . mass. . . deben calumniar al clero, combatir á las Ordenes religiosas y trabajar con ahínco por la expulsión de las monjas y destrucción de sus conventos. . .

¡Desdichados! ¿También á nosotras? ¿Qué mal hemos hecho nunca, para que así nos aborrezcáis? ¿No pedimos todos los días al cielo bendiciones para la tierra? ¿No ofrecemos todos los días nuestras oraciones y nuestras lágrimas por el bien de la humanidad? Pues ¿por qué nos perseguís y queréis sacarnos del santuario y profanar nuestra morada? ¡Ingratos! con maldiciones pagáis nuestras bendiciones, con maleficios nuestros beneficios, con aborrecimiento nuestros favores y con odio irreconciliable el amor que os tenemos.

¿Y para esto se acuerdan de nosotras los masones? Mas valdría que nos sepultaran en el profundo del olvido. ¿Por ventura se acabaron las mujeres en la tierra? ¿Se ha perdido ya en el mundo el respeto á la honestidad y el miramiento á las vírgenes, esposas del Cordeiro? Pues entonces ¿por qué quieren violar nuestra

clausura y destruir nuestro retiro? ¡Desventurados! ¿no sabéis que quien profana nuestros umbrales tiene sobre sí la maldición de Dios y los rayos de su eterna justicia? ¡Huid, insensatos, y no provoquéis la ira del Eterno!

¿Os hemos ofendido alguna vez? ¿Os hemos hecho mal sin pensarlo ni quererlo? ¡Ah, no! eso no puede ser! Desde que pisé estos benditos claustros he visto á mis hermanas, siempre bondadosas, siempre solícitas por el bien de los pobres y por la salud de las almas, orando noche y día al Señor por vosotros y vuestras familias. ¿Y por esto queréis demoler nuestra morada?

¡No lo hagáis, por Dios! ¡Criaturas descarriadas! Mirad que algún día vuestras hijas necesitarán estos retiros para guardar su inocencia, para huir del mundo malvado, para buscar en ellos lenitivo á sus corazones heridos por el desengaño, para guarecerse aquí de los peligros de la vida, para ocultar aquí los tesoros de su pureza y su virtud expuestos á ser robados en esos desiertos del mundo.

¡Infelices! no destruyáis, mal aconsejados de la ira, lo que puede ser un día refugio de vuestras hijas inocentes, amparo de vuestras viudas desconsoladas, y asilo de vuestras ancianas madres despreciadas de un mundo infame que nada respeta.

Si la codicia os empuja, si venís impulsados de la avaricia y la rapiña, aquí no hay nada con qué saciarla. Nuestras celdas son pobres y estrechas como la cabaña del indigente; nuestros patios modestos, sin mármoles ni surtidores; nuestro ajuar pobrísimo, como el de los solitarios del yermo. Aquí no hay nada que pueda excitar la codicia, porque lo que algo vale está consagrado al culto de Dios. ¿Qué vais á sacar de la expulsión de las monjas y destrucción de sus conventos?

¡Angeles santos, no permitáis semejante profana-

ción! Iluminad á esos ciegos sentados en la obscuridad de la muerte! Y si llegan á perpetrar ese crimen, sepan después de mis días esos desgraciados, que yo, pobre monja capuchina, objeto de sus iras, los amé, rogué por ellos y pagué con cariño del alma el odio que me profesaron.

A los que me han jurado muerte y exterminio, les juro amor y piedad, mientras el corazón palpita en mi pecho.

A los que me quieren arrancar de la soledad y destruir mi deliciosa morada, nido de palomas sencillas, á esos también les debo amor, y con amor y compasión responderé á su odio y aborrecimiento.

Quiero que sepan mis perseguidores, por si esto puede llevar luz á su mente y ternura á su corazón, que mi última palabra será palabra de perdón para ellos; y abrazada con mi crucifijo en el lecho mortuario, diré como Él espirante en la cruz: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.



## XX

## LA CUENTA DEL DÍA.

En una noche oscura,  
Con ansias en amores inflamada,  
¡Oh dichosa ventura!  
Sola mi alma y callada,  
Así habló con Jesús enamorada.

**R**ENDIDA y fatigada de las faenas del día, vengo aquí, ¡oh Jesús de mi alma, para darte cuenta de ellas, antes de retirarme á descansar. Desde que las primeras tintas de la Aurora blanquearon el Oriente y el tañido de la campana despertadora vibró sonoro en el espacio, ¡ay! desde entonces no he tenido un momento de reposo: acá y allá, abajo y arriba, me he movido incesantemente á impulsos de tu voluntad, como se mueven las hojas de los árboles al sople de la blanda brisa.

Pero tu dulcísimo y amoroso recuerdo me ha seguido á todas partes: ¿no es verdad, vida mía? ¡Sí, sí, á todas partes! Donde quiera que me he hallado, he dirigido mi pensamiento á tu Sagrario, y mis ojos han